



# Juego limpio

GASPAR ROSETY



YO CONFIESO ► TALENTO, ARTE Y FANTASÍA EN EL SANTUARIO DE WEMBLEY

## La sombra de Picasso se recrea en las botas de Guardiola

Hace mucho tiempo que ese estadio despertó las mejores sensaciones posibles. Para aquellos que presumimos de gustarnos del fútbol o, como se dice ahora, de amarlo, Wembley forma parte de una historia real, viva, y de una leyenda adornada por el paso de los años. Un partido nunca será igual si se juega allí que si celebra en otro campo. Hay algunos escenarios verdaderamente apetecibles, además de los españoles, como pueden ser San Siro, St. Dennis, Atenas, Múnich o Roma. Dentro de las Islas, Anfield Road, Old Trafford, otros. Ninguno como Wembley. Es el santuario fundacional del fútbol. Sus torres administran desde el exterior la majestuosidad de un teatro y su acústica

Guardiola tiene aires de Picasso cuando improvisa. De él salen palomas de la paz

interior provoca sensaciones contradictorias pues allí donde debería reinar el silencio explota el sentimiento colectivo que se viste con el fútbol. Por eso, sentarse en Wembley supone siempre un placer añadido al ya de por sí hermoso de ver el fútbol.

Londres no se distingue, así, a primeras, por su amor al fútbol. Sin embargo, ya se sabe que la proliferación de equipos profesionales de Primera División en la capital británica convierte la ciudad en una de las mejor pobladas del mundo a la hora de compaginar la cantidad y la calidad. Guardiola lo sabe. Y lo sabe desde hace mucho tiempo, al margen de que allí, precisamente, ganase su primera Copa de Europa.

Antes de ver el partido del martes, Londres nos recibió con sorpresa. Sol espléndido y algo de fresco aplaudieron la ausencia de la clásica (bueno, a veces) neblina londinense. La noche del martes tocaba fiesta. Había Liga de Campeones y, sobre todo, por fin, en Wembley jugaba Guardiola. Para quienes sientan el fútbol de lejos será algo así como para aquellos que, interpretando la música desde la distancia, alguien les diga que Carreras vuelve al Liceo. Para el fútbol Guardiola tocaba otra vez en el escenario de sus mejores conciertos y, en realidad, donde debía consa-



MAGNETISMO. Da la impresión de que Pep Guardiola nació para jugar en Wembley.

JUAN LAZARO

grarse. Guardiola tiene aires de Picasso cuando improvisa (que no es verdad del todo que lo improvise sino que lo lleva guardado en el cerebro) y por eso le salen palomas de la paz en cinco trazos y dibuja toreros

En Wembley salió al ritmo de "tócala otra vez, Sam" y silenció el histórico recinto

en dos rayas. Pep goza de la excelsa virtud de la sencillez para llegar hasta lo más complicado y a mí me apasiona esa capacidad para revolver en el aire las notas que le faltan a cada partido. Son "Nike feet" sus botas pero podrían llevar la firma de

la Providencia.

El martes por la noche tocaba fiesta. Y, aunque me disgustó que no jugase en Soria, sufrí gusto por no verlo a condición de que reservase sus mejores escenas para el santuario, para esa urna sagrada protegida por las torres gemelas que significa Wembley. El *noi* salió en Londres consciente de su situación, de su voluntad y de sus posibilidades. Los días previos se le observó dialogando con su entrenador. Guardiola encabezaba el diálogo y el técnico escuchaba sabiendo que no debía interrumpir.

**TOCADO POR EL CIELO.** Los buenos jugadores deben hablar siempre, deben jugar siempre, deben tener el balón siempre. Los que no han sido tocados por el cielo son los que asumirán la tarea de recuperar el ba-

lón cuando ellos lo pierden... para devolvérselo otra vez, inmediatamente. Salió Guardiola al ritmo de "tócala otra vez, Sam" y silenció el recinto como lo hacen los grandes. Es su escenario, es su sitio, es su hierba.

Pertenece a un club, por contrato, pero su talento pertenece a todos

Da la impresión de que Guardiola nació para jugar allí. Primero cabeceó un balón hacia Figo que dio lugar al gol de Luis Enrique, después le regaló el pase a Kluivert para que Figo marcara el suyo y terminó por ofrecerle a Cocu una caja de

bombones desde treinta metros con destino a la red.

Guardiola, como los grandes, pertenece a un club, por contrato, pero su talento es de todos. Guardiola es del fútbol. Su contribución resulta indiscutible en los corrillos rivales y se convierte en admiración en los propios. No es sólo el capitán del Barça, es el alma de un concepto de balompié —qué hermosa palabra— que no repara en camisetas. Del mismo modo que hemos admirado a Pelé, a Cruyff, a Di Stéfano, a Maradona, a Butragueño, sin detenernos en el color de sus escudos, pasaremos siempre por alto que Pep se debe a unos pocos. Su idea y su manera de entenderla, de explicarla y de llevarla cabo podría dejarnos a los demás huérfanos del más profundo placer de la pelota. No lo hagas, Picasso.